



El hombre que “no mató” a Miguel de Unamuno



Se llamaba Bartolomé Aragón, era un falangista de Huelva, y joven profesor. Ya fue señalado por un documental que sugería el envenenamiento de Don Miguel. Ahora un libro del mismo cineasta insiste en la hipótesis. No se aportan pruebas, pese a que se pone en la diana al joven profesor que le visitaba cuando murió. “Naturalmente es una mentira y un bulo sin fundamento”, dice la hija del ‘acusado’. Los historiadores coinciden con la familia. Y con el dictamen que firmó su médico, un reconocido republicano y amigo

POR
**Javier Castro
Villacañas**

Salamanca, 31 de diciembre de 1936. Miguel de Unamuno muere repentinamente en su casa a los 72 años. Según el Registro Civil: «Falleció en su domicilio a las dieciséis horas a consecuencia de hemorragia bulbar; causa fundamental arterioesclerosis e hipertensión arterial, según consta en la certificación facultativa y reconocimiento practicado». El parte fue firmado por el doctor Adolfo Núñez, amigo y conturbio del filósofo. Núñez había sido concejal en Salamanca por la Convención Republicano-Socialista en 1931 y presidente provincial de Acción Republicana. Era el médico de la familia. En mayo de 1934 había certificado la muerte de Concha Lizárraga, mujer de Unamuno.

En el momento de su muerte, Unamuno estaba acompañado por Bartolomé Aragón, joven profesor auxiliar de la Facultad de Derecho de Salamanca, de 27 años de edad y catedrático de Legislación Mercantil en la Escuela de Comercio. Aragón era un falangista de Huelva, discípulo de Joaquín Garrigues, catedrático de Derecho Mercantil en Madrid. Trabajó un tiempo en París en la Banque de l'Union Parisienne (BUP) y amplió estudios en la Sorbona. En 1932 obtuvo una beca para estudiar en la Escuela de Ciencias

Corporativas de la Universidad de Pisa, en Italia.

Aragón había ido a visitar a Unamuno para pedirle un prólogo de un ensayo que iba a publicar. Hasta el portal de la calle Bordadores número 4 le acompañó el rector de la Universidad de Salamanca Esteban Madruga. Eran las cuatro y media de la tarde. Abrió la puerta Aurelia, la criada. El rector no entró porque tenía que asistir a un funeral. Unamuno recibió a Aragón sentado en una mesa camilla con un brasero a sus pies. En la vivienda no había nadie más: María, hija de don Miguel, se encontraba en casa de una vecina.

Una vez acomodados, Unamuno agradeció a Aragón que no fuera vestido de falangista como otras veces (llevaba únicamente una insignia con el yugo y las flechas). Era la primera vez que el joven andaluz entraba en su casa, pero habían coincidido antes en la Universidad donde habían conversado y paseado, según varios testimonios, al menos en dos ocasiones.

Unamuno le advirtió que iba a decir cosas muy duras. En un primer momento, él había apoyado la sublevación del 18 de julio e incluso había firmado como rector el «Mensaje de la Universidad de Salamanca a las universidades del mundo acerca de la guerra civil española» de 26 de septiembre, justificación del golpe militar «por su defensa de nuestra civilización cristiana de Occi-

dente», pero después del incidente con el general Millán Astray en el Pariniflo el 12 de octubre, que ocasionó su destitución como rector tras el célebre vencer no es convencer, se encontraba muy desengañado con lo que ocurría en España, «con los hunos y con los otros». También con el bando de Franco.

La conversación no duró más de una hora. Hablaron del libro, de Ortega y Gasset y de Falange. Según la versión de Aragón, reiterada a lo largo de su vida, él le dijo «a veces pienso si no ha vuelto Dios la espalda a España, disponiendo de sus mejores hijos». En ese momento, con vehemencia, Unamuno dio un puñetazo en la mesa: «Eso no puede ser Aragón! Dios no puede volverle la espalda a España. España se salvará porque tiene que salvarse».

Ahí inclinó la cabeza, se puso pálido y estiró las piernas. Su interlocutor, creyendo que se quemaba en el brasero, apartó la camilla y vio que la zapatilla de Don Miguel ardía sin que él retirara el pie de las brasas. Estaba sin sentido. Rápidamente llamó a gritos a la familia y pocos instantes después moría en el diván sin haber recobrado el conocimiento. Acto seguido llegó el médico que certificó el fallecimiento.

Este es el relato resumido de la muerte de Unamuno junto al brasero que, con pequeñas variaciones, ha sido aceptado mayoritariamente por sus biógrafos e investigadores. No por to-

dos, porque 84 años después de ocurrir estos hechos, el cineasta Manuel Menchón publica, junto con el profesor de Literatura Luis García Jambrina, el libro *La doble muerte de Unamuno*, editado por Capitán Swing (continuación de su documental *Palabras para un fin del mundo*, de noviembre de 2020), donde defiende que el relato oficial sobre el día que murió Don Miguel «puede ser mentira».

“UN CUENTO DE DICKENS”

Para Menchón todo «parece un cuento de Dickens: en la última tarde del año, un antiguo alumno va a ver a su viejo profesor, descubre al ver cómo arden las zapatillas que está muerto y sale de la habitación al grito de “yo no le he matado”. Hasta ese día, nadie de la familia le había visto nunca».

Los principales investigadores sobre Unamuno juzgan, de manera unánime, el documental de Menchón como falto de rigor. El así lo reconoce en su nuevo li-

bro: «Carecemos de pruebas concluyentes que certifiquen que la muerte de Unamuno no fue natural... En nuestro contrarrelato hay, pues, una importante elipsis narrativa, un ostensible vacío, una patente omisión» (pág. 120).

Para Severiano Delgado, bibliotecario de la Universidad de Salamanca, especialista en Unamuno y en la represión franquista en Salamanca, «la tesis que sostiene Menchón es materialmente falsa. Hace lo contrario al método historiográfico: siembra su documental de juicios temerarios, dudas infundadas, conjeturas, elipsis, elucubraciones y puntos suspensivos que dan pábulo a una teoría de la conspiración para créditos».

Las claves del descreimiento de Menchón se centran en tres cuestiones: la extraña figura de Bartolomé Aragón, el cambio en la hora de la muerte y el certificado de defunción sin autopsia. Según Delgado todo lo anterior carece de importancia: la figura de Aragón está suficientemente estudiada: ahí está la investigación del catedrático de Filosofía de Salamanca, Antonio Heredia, en el año 2000; respecto a la hora, era habitual hacer que los entierros se intentaran celebrar a la luz del día y, en relación al diagnóstico, nadie mejor que su médico de cabecera para determinar el fallecimiento tras un reconocimiento directo y atendiendo a su historial clínico: arterioesclerosis e hipertensión

arterial en un anciano de 72 años en 1936.

Manuel Menchón, en su nuevo libro, acude a la opinión del antropólogo forense Francisco Etxebarria, quien interviene así: «Se trata de una muerte repentina, súbita, no prevista, que sorprende a quienes rodean a Miguel de Unamuno en aquella fecha. En tal sentido son muchos los casos que acaban judicializados y por consiguiente con la necesidad de practicar una autopsia forense. Pero no siempre, y eso depende mucho del médico que asiste al paciente fallecido y de su capacidad para establecer la causa de la muerte y la consiguiente certificación de defunción».

EL BULO

Respecto a Bartolomé Aragón sabemos que ejerció toda su vida de abogado e intendente mercantil y que falleció en Madrid en 1999. *Crónica* se ha puesto en contacto con la única de sus hijas que permanece viva, Macarena Aragón, quien ha declinado facilitar información sobre su padre. «Hemos tomado la decisión, toda la familia, de no decir nada... Naturalmente que es una mentira y un bulo sin fundamento que mi padre tuviera algo que ver con el fallecimiento de Unamuno al que adoraba y siempre se refirió a él con admiración y respeto. Él no lo mató. No vamos a decir una sola palabra más, no queremos alimentar esta increíble historia».

Eran las 4.30 de la tarde. Abrió la puerta la criada, Aurelia. El rector no entró porque tenía que asistir a un funeral. Unamuno recibió a Aragón sentado en una mesa camilla con un brasero a sus pies